

GAVIDIA, EL PIONERO

JOSE LUIS VALLE*

Erudito

Resulta insólito el que un habitante de las provincias centroamericanas del siglo pasado y principios del presente (1863–1955), tuviera el gigantesco acervo cultural, la información mundial literara al día, las concepciones humanistas universales, que poseía Francisco Gavidia. Hay que considerar como determinante lo precario de los medios informativos de la época, como periódicos, revistas, libros, correos. No se habían extendido por el mundo de la radio, la televisión y el cinematógrafo. La comunicación vía satélite no cabía ni en la ciencia ficción. La industria editorial era prácticamente inexistente. El realizar estudios universitarios era una especie de lujo, demasiado elitista, de alta distinción, cuando no una epopeya. Los movimientos literarios eran una especie de islas, de pequeños desiertos; con la fugaz aparición de curiosos por las letras, más a un nivel de cronistas ignaros y saludadores de jueguitos florales, con un coeficiente intelectual minúsculo, ingenuo, paupérrimo. Intelectuales intrecomillados, sin más clarividencia –bueno, oscurantismo– cultural que los elementos rígidos y nebulosos que son capaces de proporcionar los medios instructivos y las vivencias provincianas. Provincias cargadas de estulticia, modorra, chismografía y catecismos.

De entre todo ese oscurantismo e inalterable modorra, surge Francisco Gavidia, desentonado con el aldeanismo, con el seudointelectualismo y total falta de perspectiva literaria. Repetimos que la vastísima sapiencia de Gavidia nos resulta insólita, por la época, por el medio ambiente pueblerino y las condiciones en que transcurrió y desarrolló su magnífica obra analítica y creadora de claros aportes para la historia de la literatura continental. Además de un creador de gran originalidad,

* Intelectual salvadoreño exiliado en Costa Rica. Colaborador de este Anuario.

de pensador profundo, Gavidia era un versado en cultura universal, con dominio de varias lenguas y varios dialectos. La erudicción de Gavidia está demostrada no sólo por el trato y contenido de su obra puramente literaria, sino de sus estudios sobre lingüística, artes plásticas, antropología, problemas arquitectónicos, historia, etc. Algunas de las tesis supuestamente vanguardistas de muchos filólogos y puristas que se obnubilan llamándole semántica, fueron tratados con rigurosa clarividencia por el maestro Gavidia. Incluso cambios sustanciales que sugirió la poética hispanoamericana, fueron ejercidos e implantados por Gavidia, quien por las circunstancias ya señaladas de su espacio—tiempo, no pudo trascender al nivel internacional que merece. El exacto punto de partida para un cambio profundo en la métrica castellana, lo implantó Gavidia con su trabajo “Los Aeronautas”, ya que revolucionó el uso del hexámetro. He aquí fragmento de su enjundioso estudio: “Las diversas formas del hexámetro, así latino como griego, se hallan adaptados al hexámetro castellano en el modesto ensayo que se ha visto. Los Aeronautas, y estos comentarios tienen por objeto explicar y popularizar esa adaptación.

Para esto debemos prescindir del sistema de medir los hexámetros por pies formados de sílabas breves o largas... y adoptar una teoría nueva del verso antiguo que no se muestra en los textos de métrica, y cuya comprobación por el sistema de la cantidad de sílabas resulta satisfactorio. Esta teoría se basa en el hecho que los idiomas clásicos, el latín y el griego, son muy transpositivos, es decir en ellos el orden de las palabras en la proposición es completamente libre”.

Poeta

Ante todo, Gavidia fue un poeta completo. Con todo lo que la aseveración implica. A pesar de las acusaciones de José Roberto Cea —con quien divergimos radicalmente en este asunto—, en el sentido de que Gavidia maneja teorías poéticas, antes que vivencias, que hacen una poesía un tanto libresca, de gabinete, de escritorio, bastante fría... Discordamos con Cea en esta su catalogación —que de seguro lo hizo por ligereza y no de mala intención—, porque Gavidia no era un simple versificador, un fabricante al por mayor de estrofas, un efectivista calculador, un formalista—formulista, ni un escritor rebuscado, sino un artista, un creador auténtico y trascendente: “Mi verso es verso llano./ En que suena la voz y en que el acento/ Del hombre se hace oír y el eco humano./ Gentes, bosques, viviendas y animales./Arboles, rocas, vida y movimiento./ (A Apolo). “Oye: de las montañas/ los imponentes robles se mueven a compás,/ y cuenta hoja por nota, árbol por sinfonía/ que arrastra el huracán./ Oyeme: allí los troncos/ cubren robustas guías; allí de dos en dos,/ los sarmientos retuercen, como dobles serpientes,/ sus manojos de fibras en salvaje apretón./ Y debajo las yerbas,/ los

cristalinos tallos, los bejucos, la flor,/ las hojas apiñadas, buscando entre las sombras/ algún rayo de sol./ Todo bebe allí savia,/ todo se comunica, todo siente el amor,/ y por eso se exhala en gigantesca estrofa/ que es divina oración./ La materia es sagrada:/ no la ultrajéis.../” Esta nutritiva y sólida muestra, no es una simple poesía libresca y de gabinete. Menos lo es el cabalístico poema “La ofrenda del Bramán”, que no transcribimos por ser el más conocido de Gavidia.

La sensibilidad y conciencia social del maestro Gavidia, tampoco son menores o que se traduzcan en “teorías, antes que vivencias”, como dejamos elocuentemente demostrado: “Los besos han de ir serios/como unos diputados, con frac y con bastón,/ y para saber la hora en que han de hacer visita, deben llevar reloj.../ Como ahora es costumbre/ entre la gente elegante levantarse a las diez...” (La Defensa de Pan, en donde como se lee, cuestiona y fustiga el comportamiento imperante de la élite). “Ah! Muchas veces, quien negó un bocado,/ Vio a su mesa doblársele el sustento;/ Quien negó una limosna, vio doblarse/ La planta en el arca, el grano en granero:/ Quien negó un lecho, descansó tranquilo/ Hasta muy tarde, abandonado al sueño.../ La calle es la morada del mendigo./ La indiferencia la cubrió de hielo./ La miseria,/ He allí el invisible carcelero”. (La Calle)”. A diferencia de innumerables poetas accidentales, versificadores de la palabrota y del abstraccionismo con tintes y adjetivos de denuncia social, el maestro Gavidia fue un fiel receptor y transmisor de la conformación social salvadoreña en que moldeó su obra.

Dramaturgo

Sin ponernos demasiado escrutadores y exigentes, antes de Gavidia nada más existen unos tres escritos que catalogamos como textos dramáticos, con algún interés actual. Pero ese interés se resume al documento, al contenido histórico. Y no más. Los basamentos dramáticos como tales, planteados como agentes comunicativos, formativos, polémicos, clarificadores, conmocionadores, no se dan en El Salvador sino hasta la aparición de Gavidia como dramaturgo. “Ursino”, “Júpiter”, “La torre de marfil”, son tres de sus piezas que conjugan buena parte de los aportes medulares que Gavidia hizo a la dramaturgia salvadoreña. Y afirmamos algo de mayor contundencia: después de Gavidia, ninguno de los dramaturgos improvisados, indisciplinados y ocasionales ha hecho aportes de sólida validez, trascendentes, que sirvan como pauta o incentivo a la raquíta y hasta cierto punto insignificante producción dramática del país.

Como fuentes concretas para sus tratados, Gavidia tomó algunas teorías de Ibsen, Wagner (el tan olvidado y desconocido Wagner), Stanislawski, Garret, Bjaerson y hasta Schiller.

Narrador

Tal vez en grado menor que en la poesía y el teatro, pero también en la narrativa, Gavidia fue un evolucionador de las formalidades convencionales salvadoreñas. Ciertamente que en esta disciplina Gavidia se encontró con una producción abundante, calificada como narración. Y que incluso algunas sí lo eran, y de indiscutibles méritos. Pero la mayor parte de toda esa producción pertenecía más al campo descriptivo y recreativo, que a la narrativa estricta, que conlleva aspectos inequívocos, que la caracterizan y elevan a la categoría de creación. Verdad es que en *creación* entran todas las ramas del arte y la literatura, pero verdad es también que cada una tiene sus leyes muy particulares que la conforman, determinan y distinguen. Sin que de manera alguna esto signifique rigidez ni encadenamiento, porque cosa diferente es la experimentación y aportación literaria, que no sólo puede sino que debe hacerse para que los géneros se mantengan vivos, actualizados, futuristas además, vigentes con la época y las transformaciones generales de una sociedad que también está en constante y acelerado proceso.

Y Gavidia fue eso en su literatura, con su narrativa: un actualizador de formas y contenidos, un futurista. Rescató una prosa prosaica y obsoleta que nada tenía que ver con las realidades y vaivenes sociales (traducidos a categoría estética) del habitante salvadoreño. Pero para traducir en literatura el pensamiento y sentimiento del hombre universal, y para proyectar al ente pipil aislado y desfasado, Gavidia empezó por la raíz de nuestra idiosincracia nebulosa. Es decir, inició con el recuento histórico de los pipiles mismos, sus descendencias, miserias y epopeyas, sus luchas por la soberanía humana y territorial, frente a los conquistadores campeones en saqueo y genocidios. Emocionados con una prosa etérea y ramplona, los prosistas salvadoreños anteriores a Gavidia, y aún sus contemporáneos, daban por sentado que para hacer una literatura nacional bastaba con copiar el paisaje y sus vericuetos, la exaltación gratuita y gazmoña de los personajes “folclóricos” de la vida social del momento. Ante toda esa ramplonería, Gavidia se dio a la tarea de testimoniarnos la columna vertebral de nuestra idiosincracia cuscatleca, así como las relaciones sanguíneas y culturales en general con el resto de zonas componentes del mundo indígena maya, maya-quiché, azteca e inca: “El testamento de Kicab”, “El pastor y el rey”, “Memí”, “Copan”, “Sagundo de América”, “La vuelta del héroe”, y en especial “La loba”, “El código maya” y “El encomendero”, del que transcribimos fragmento: “Las colas de quetzal, ondeando en medio de las muchedumbres, arrancadas de cuajo a su pueblo natal, mantenían la ilusión de que eran los caciques quienes guiaban sus éxodos; y aún en medio de los trabajos más rudos e inhumanos, el rumor que llegaba de las lejanías, de los chinchines,

marimbas, chirimías, tímpanos, parches y maderos, de los bailes y juegos religiosos, alrededor de los príncipes y sacerdotes, hacía creer a los pipiles que continuaban con su vieja monarquía. Unos han pasado largos meses en la selva en el descuaje, otros en las minas. Separados los súbditos de sus príncipes, los hijos de sus padres, las mujeres de sus maridos, después de los trabajos y penalidades de una verdadera esclavitud, su encuentro en las explanadas, a la vera de las altas empalizadas que rodean el castillo, ha sido ocasión de escenas dolorosas: reprimidos furores, gritos de dolor, amenazas, juramentos y llantos”.

Por la apatía institucionalizada, por nuestra ignorancia como intelectuales, es que Francisco Gavidia permanece en el anonimato para los salvadoreños, más todavía para el resto de latinoamericanos. El día en que se le haga verdadera justicia, su obra alcanzará el sitio merecido, a la par de los grandes humanistas y creadores del continente. Será entonces que nuestra nacionalidad auténtica empezará a sacudirse tanta neblina transculturizadora que nos ha mantenido desfasados, sometidos y sin voz propia.